

Alberto Manguel

Una historia de la lectura

Traducido del inglés por José Luis López Muñoz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *A History of Reading*

La edición de este libro ha contado con una ayuda para la traducción del Canada Council for the Arts/Le Conseil des Arts du Canada.

Primera edición: 1998

Quinta edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alberto Manguel, 1998

c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

© de la traducción: José Luis López Muñoz, 1998

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1998, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1362-746-5

Depósito legal: M. 3.110-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Preámbulo a la nueva edición
- 21 Agradecimientos
- 25 Palabras preliminares

- 35 La última página
- 37 1. La última página

- 79 Lecturas
- 81 2. Leer sombras
- 105 3. Los lectores silenciosos
- 131 4. El libro de la memoria
- 151 5. Aprender a leer
- 183 6. La primera página ausente
- 203 7. Lectura de imágenes
- 227 8. Leer para otros
- 257 9. Las formas del libro
- 297 10. Lectura privada
- 321 11. Metáforas de la lectura

- 341 Los poderes del lector
- 343 12. Principios
- 359 13. Ordenadores del universo

385	14. Leer el futuro
409	15. El lector simbólico
429	16. Lectura en interiores
453	17. Robar libros
473	18. El autor como lector
495	19. El traductor como lector
527	20. Lecturas prohibidas
549	21. El loco de los libros
577	Las guardas del libro
579	22. Las guardas del libro
601	Notas
645	Procedencia de las ilustraciones
651	Índice onomástico

A Craig Stephenson,

*Aquel día que juntó nuestras cabezas,
el destino forjó un sabio encuentro:
Yo absorto por el tiempo que hace fuera,
tú absorto por el tiempo que hace dentro.*

Según Robert Frost

Preámbulo a la nueva edición

Chesterton decía que lo más extraño de los milagros es que ocurren. Cuando yo empecé a imaginar un corto ensayo (todavía no sospechaba que iba a ser un libro) sobre la historia de nuestro oficio de lector, pensé que éste sería una mera descripción de ese acto tan frecuente de tomar un libro y abrirlo, y recorrer la historia narrada como si fuese mía. Fue así el comienzo, pero muy pronto me di cuenta de que, por un lado, casi nada conocía de esa acción cotidiana y, por otra parte, que las preguntas sobre el tema se iban acumulando de manera inesperada y apabullante. Una vez abierto el libro: ¿qué ocurría en mi cerebro? ¿Qué misteriosos circuitos conducían de la palabra impresa a la narración vivida? ¿Por qué leía silenciosamente? ¿Qué mecanismo diferente permitía que yo leyera en voz alta? ¿De dónde venía mi obsesión por acumular libros? ¿Cómo nació la idea de biblioteca? ¿Qué significaba el impulso de encontrar narración en

todo, palabras sí, pero también imágenes? ¿Cómo aprendemos a leer? La idea de escribir sobre la lectura surgió en un instante; la búsqueda de respuestas a mis preguntas me llevó unos siete años.

Cuando publiqué *Una historia de la lectura* hace ya un cuarto de siglo, el tema era, si no singular, al menos poco frecuente. El mismo año en que apareció la edición francesa, el docto Roger Chartier publicó una antología de ensayos universitarios sobre el tema en varios volúmenes, pero no existían otras obras que intentaran explorar el acto de la lectura en sí. Ahora la Historia de la Lectura es casi un género literario establecido, e innumerables son los testimonios de lectores más o menos conocidos que narran sus vidas a través de sus lecturas y los avatares correspondientes. Tal vez contribuyan a esta proliferación de crónicas lectores las alarmas frente a la industria electrónica, fenómeno al que deberíamos estar ya acostumbrados. Con la invención de la fotografía se habló de la muerte de la pintura, con el cine, de la muerte del teatro, con los videos, de la muerte del cine. Ninguna de estas muertes anunciadas se confirmó. Tampoco la muerte de la lectura, que sigue vigente y activa.

Una pregunta que no desarrollé en mi *Historia de la lectura* fue acerca del rol que juega la lectura en la formación de un ciudadano consciente de sus responsabilidades. Sabemos que, por desgracia, la experiencia de la Historia no basta para evitar las trampas del pasado. Pocas décadas después de la Segunda Guerra Mundial, estamos volviendo a enfrentar las amenazas de los sistemas totalitarios, y con ellos los prejuicios racistas, antisemitas, islamófobos, misóginos y tantos otros. Los nietos de hombres y muje-

res asesinados por los tiranos del pasado pujan por coronar a los tiranos del futuro. Frente a esa pasión suicida, la lectura parece no servir de defensa. Los individuos que establecieron el protocolo de la «solución al problema jurídico» en Wannsee eran en su mayor parte treintañeros educados en la Deutsche Kultur, todos con diplomas universitarios, devotos lectores. Si el acto de leer, de leer «buena» literatura, de adentrarse en los libros y hacerlos suyos, de frecuentar bibliotecas y tomar parte en discusiones literarias, no nos transforma en seres humanos cabales, empáticos y dispuestos a imaginar una sociedad mejor y más justa, ¿para qué sirve ser lector?

La respuesta que encuentro me parece insatisfactoria. La lectura –el acto que, en sus mejores condiciones, nos permite compartir experiencias que no tuvimos y vivir en épocas y mundos distintos de los nuestros– no es compulsiva. No es un instrumento que nos obliga a nada: la lectura, como todo acto humano, depende de nuestra voluntad. Lo que sí podemos decir de ella es que contiene ciertas inflexibles posibilidades de conducta ética. La lectura puede volvernos más inteligentes, más abiertos al sufrimiento ajeno, más conscientes de nuestras identidades y de las identidades de los otros, más preparados a aceptar la inherente ambigüedad de todo conocimiento y de nuestras emociones, más resignados a las flaquezas del lenguaje y de la lógica. Puede, pero esto no quiere decir que así suceda obligatoriamente.

Quiere la leyenda que en las sociedades del libro la palabra escrita sea juzgada nefasta o peligrosa. Hace ya veinticinco siglos, Platón (cuya fama dependió de los apuntes escritos que tomaban sus alumnos) inventó la fábula

del dios Thot que ofrece el arte de la escritura al faraón y que éste rechaza, alegando que el mágico don haría que sus súbditos olvidasen la práctica de la memoria: hoy en día, los detractores de la tecnología electrónica retoman el argumento faraónico. Sin embargo, en verdad existe una razón oculta para tales rechazos. Tanto entonces como ahora, el temor a la palabra escrita, en cualquiera de sus formas, esconde un temor más profundo, el temor a la consciencia. Nuestras sociedades, compuestas de individuos dotados de razón, temen que esos mismos individuos las cuestionen y las cambien. Nuestras sociedades temen el arte de la lectura, porque la lectura puede llevar al cuestionamiento, y el cuestionamiento a la crítica, y la crítica al cambio. No es sorprendente que los esclavistas de siglos pasados prohibiesen con severas penas que se enseñase a leer a los esclavos. Tampoco es sorprendente que en nuestros días un tweet incoherente y temperamental tenga más peso que un ensayo bien razonado y bien escrito. El primero es sentido como auténtico, un exabrupto sincero que sale «de las tripas», justamente porque no fue sometido al escrutinio intelectual del segundo, considerado como frío y artificial. Como es bien sabido, en nuestras sociedades de consumo, la praxis es preferida al logos. Un lector razonable es un mal consumidor.

Obviamente, la lectura no lleva necesariamente al cambio, no mejora la calidad de vida, no nos hace mejores ciudadanos ni seres más inteligentes. Pero nos ofrece todas estas posibilidades, lo cual ya es mucho. Adquirir la consciencia de nuestras obligaciones leyendo las ficciones de hacedores de literatura, como un Cervantes o

un García Márquez, descubrir a través de sus personajes el don la empatía, el poder taumatúrgico de la generosidad, el entendimiento de la justicia como una forma de la felicidad, es una eficaz preparación para el oficio de ciudadanos.

¿Pero cuáles son las relaciones entre los hacedores de literatura y sus lectores?

A finales de los años sesenta, Jorge Luis Borges publicó un cuento, «El informe de Brodie», en el que narra, en la voz de un misionero escocés, las costumbres de una tribu de gente primitiva llamada, en honor a los *Viajes de Gulliver*, los Yahoos. Dice su informe que «una costumbre de la tribu son los poetas. A un hombre se le ocurre ordenar seis o siete palabras, por lo general enigmáticas. No puede contenerse y las dice a gritos, de pie, en el centro de un círculo que forman, tendidos en la tierra, los hechiceros y la plebe. Si el poema no excita, no pasa nada; si las palabras del poeta los sobrecogen, todos se apartan de él, en silencio, bajo el mandato de un horror sagrado. Sienten que lo ha tocado el espíritu; nadie hablará con él ni lo mirará, ni siquiera su madre. Ya no es un hombre sino un dios y cualquiera puede matarlo».

Desde nuestras primeras sociedades, sentados alrededor de los fuegos cavernícolas, sentimos el impulso de «ordenar seis o siete palabras» para transmitir algo casi inefable que sentimos, pensamos, imaginamos, creemos. Como ocurre con los poetas Yahoo, la mayor parte de las veces «no pasa nada». Las palabras emitidas no excitan, no cobran vuelo y, en el caso de las sociedades de lo escrito que empezaron a florecer hace unos cinco milenios, pasan a formar parte de esas resignadas bibliotecas donde

aguardan con fe muda a sus anhelados y futuros lectores. La literatura –el arte– es infinitamente paciente.

Pero en los contados casos en los que las palabras (obras de arte, composiciones musicales, movimientos de danza) conmueven a su público, suceden, o pueden suceder, varias cosas.

Primera consecuencia: la conversión del autor mismo, por medio de las reacciones de sus lectores, en un ser prodigioso, dotado de cualidades divinas y exceptuado de las obligaciones comunes de sus conciudadanos. Premios literarios, listas de bestsellers, ceremonias oficiales lo consagran. Pero también, como en el caso de los poetas Yahoo, el autor se convierte en víctima propiciatoria. Sartre definió al genio como aquel a quien el dedo de Dios aplasta contra el muro.

Segunda consecuencia: la creación recibida como obra de arte pasa a integrar una suerte de museo imaginario (para tergiversar el término de Malraux). Allí, en ese almacén del arte universal constantemente expurgado y revisado, conviven Margaret Atwood con la Monna Lisa, Bach con Banksy, Nietzsche con Shakira. Cada sociedad saca y agrega obras canónicas, y de ese fárrago surgen los vocabularios con los que las sociedades se definen y redefinen. Nuestras lenguas maternas son moldeadas en ese espacio numinoso que afecta tanto a quienes lo comparten conscientemente, como a quienes lo ignoran inconscientemente. Todos somos ciudadanos de Atenas, de Jerusalén, de Bagdad, de Pekín.

Tomo ejemplos literarios: ningún italiano es insensible al viaje de Dante aunque no haya leído nunca la *Commedia*; ningún argentino escapa a la dudosa moral del *Mar-*

tín Fierro aunque nunca haya recitado los versos de José Hernández; ningún alemán evita las paradojas lingüísticas del *Fausto* aunque nunca haya visto la obra de Goethe o abierto el libro. Venimos al mundo y somos recibidos en el imaginario colectivo de la tribu, que en estos días tiene, quizás más que nunca antes y a pesar de ciertos aturdidos muros, fronteras fluidas. De ese imaginario compartido surgen nuestras visiones del mundo y de nosotros mismos: nuestros proyectos de convivencia y nuestros prejuicios, nuestras ambiciones, empatías y delirios, nuestra doble identidad de observadores y observados.

Tercera consecuencia: sucede que a veces, quizás con mayor frecuencia de lo que suponemos, ese desafío hace que las creaciones artísticas afecten directamente el fluir de nuestras historias. Por ejemplo, ocurre que en ciertos momentos una obra provoca un cambio social. Sabemos que el *Oliver Twist* de Dickens contribuyó a modificar las leyes que regían el trabajo infantil en Inglaterra, y que *Germinal* de Émile Zola ayudó a mejorar un tanto la suerte de los mineros franceses. En las Américas, podemos citar otros ejemplos. Cuando en 1862 Abraham Lincoln se encontró con la célebre autora de *La cabaña del tío Tom*, Harriet Beecher Stowe, la leyenda cuenta que Lincoln le dijo: «¡Así que usted es la mujercita que escribió el libro que inició esta Gran Guerra!». En el siglo veinte, *Huasipungo* de Jorge Icaza, *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría, *Gouverneurs de la rosée* de Jacques Roumain, entre otros, contribuyeron a documentar, si no a modificar, la condición de los explotados.

El genial bibliotecario alemán Aby Warburg propuso, a principios del siglo veinte, el concepto de *Nachleben* o

pervivencia de las imágenes, la continuidad y transformación iconográfica a través del tiempo, en contextos culturales muy diversos. Podemos quizás aplicar este concepto warburgiano a todas las producciones artísticas, no sólo a las imágenes –a las palabras, a los sonidos, a los movimientos– y ver cómo las palabras emitidas por los poetas Yahoo, cuando excitan a su público, son traducidas de generación en generación, significando cosas muy diversas y utilizadas con propósitos muy distintos. Hamlet fue para los contemporáneos de Shakespeare un primer esbozo de literatura policial y también un cuestionamiento de las mecánicas de la monarquía; para el siglo diecinueve, evidencia de la tensión entre logos y praxis, entre acción y reflexión; para el Tercer Reich, el retrato de un nuevo género de paladín ario; para los herederos de Freud, emblema de un conflicto psicológico clásico. Estas metamorfosis son lentas, graduales, a veces casi imperceptibles, pero siempre activas como corrientes culturales subterráneas en todas las sociedades del mundo.

Cuarta consecuencia: Hablé de tres posibles consecuencias del acto de lectura. Existe otra más: la más remota, la más importante, la más deseable, y la que raramente se manifiesta. Es la transformación del individuo afectado por la obra de arte en un ciudadano ético, empático, capaz de abrogar sus tendencias egoístas y mezquinas, ansioso de hacer de su sociedad un lugar suficientemente justo y adecuadamente feliz.

Tanto individual como colectivamente, ya no confiamos plenamente en nuestra relación con las obras de arte. Aceptamos el discurso mercantil que sólo busca consumidores y que quiere convencernos de que no somos lo

suficientemente inteligentes para la llamada «alta cultura» que, según nos dicen, es demasiado ardua, lenta y difícil para nosotros. Y la industria sabe que no puede vender un producto «arduo, lento y difícil». Así, no aceptamos la obra abierta, el texto no dogmático. Educados para complacernos con respuestas concluyentes, rechazamos un libro que nos interroga, una obra de arte que no explica sus conclusiones. Sabemos, desde hace siglos, que la empatía y el conocimiento del otro se aprende con más profundidad y soltura a través de las obras de ficción que a través de cursos de psicología y antropología, y sin embargo desconfiamos de esas amistades imaginarias que se ofrecen a nosotros desde la *Epopéya de Gilgamesh* hasta ahora. Queremos saber para qué sirve una obra de arte en lugar de contentarnos y agradecer su mera existencia, y el efecto que produce en nosotros.

Este prístino efecto se produce en lo que es quizás el momento más importante en la vida de todo lector: cuando descubre que un libro, una página, un párrafo, fue escrito para él o para ella. En ese momento, su relación con la palabra se transforma. Ya no es uno más en la muchedumbre de Babel, tratando de hacerse entender en medio del vocerío por lo general falaz e incoherente. Desde ese momento es un hacedor, que es como (nos recuerda Borges) los antiguos anglosajones llamaban al poeta. Un lector, como secretamente sabemos, es un artífice de palabras, capaz de dar vida a través de la lectura al texto abandonado por su autor, y con ellas imaginar un mundo mejor, y tal vez construirlo.

Alberto Manguel

Agradecimientos

A lo largo de los siete años que ha durado la redacción de este libro he acumulado un buen número de deudas de gratitud. La idea de escribir una historia de la lectura comenzó con un intento de escribir un ensayo; Catherine Yolles sugirió que el tema bien merecía un libro: le agradezco su confianza. Gracias a quienes me han ayudado a dar forma al libro: Louise Dennys, la más amable de las lectoras, cuya amistad me ha sostenido desde los días ya lejanos de la *Guía de lugares imaginarios*; Nan Graham, que apoyó el libro desde el primer momento, y Courtney Hodell, cuyo entusiasmo lo ha acompañado hasta el final; Philip Gwyn Jones, cuyo aliento me ayudó a superar pasajes difíciles. Minuciosamente y con una habilidad digna de Sherlock Holmes, Gena Gorrell y Beverley Beetham Endersby corrigieron el manuscrito: a ellas mi agradecimiento, como de costumbre. Varios amigos hicieron amables sugerencias: Marina Warner, Giovanna Franci,

Dee Fagin, Ana Becciú, Greg Gatenby, Carmen Criado, Stan Persky y Simone Vauthier. El profesor Amos Luzzatto, el profesor Roch Lecours, el señor Hubert Meyer y el padre F. A. Black aceptaron generosamente leer y revisar algunos capítulos concretos; los errores que subsistan son todos míos. Gracias de todo corazón al personal bibliotecario que encontró para mí libros extraños y respondió pacientemente a mis poco académicas preguntas en la Metro Toronto Reference Library, la Robarts Library, la Thomas Fisher Rare Book Library –todas de Toronto–, Bob Foley y el personal de la biblioteca del Banff Centre for the Arts, la Bibliothèque Humaniste de Sélestat, la Bibliothèque Nationale de París, la Bibliothèque Historique de la Ville de París, la American Library de París, la Bibliothèque de l'Université de Strasbourg, la Bibliothèque Municipale de Colmar, la Huntington Library de Pasadena, California, la Biblioteca Ambrosiana de Milán, la London Library y la Biblioteca Nazionale Marciana de Venecia. También quiero dar las gracias al Maclean Hunter Arts Journalism Programme y al Banff Centre for the Arts, así como a la librería Pages de Calgary, donde se leyeron por vez primera partes de este libro.

Me habría sido imposible terminar este libro sin la ayuda económica del Ontario Arts Council (anterior a Mike Harris) y el Canada Council, así como de la George Woodcock Foundation.

In memoriam Jonathan Warner, cuyo apoyo y consejo echo mucho de menos.

Al lector

Leer tiene una historia.

Robert Darnton

The Kiss of Lamourette, 1990

Porque el deseo de leer, como todos los demás deseos que distraen nuestras almas infelices, puede ser analizado.

Virginia Woolf

«Sir Thomas Browne», 1923

Pero, ¿quién será el amo? ¿El escritor o el lector?

Denis Diderot

Jacques le Fataliste et son maître, 1796



Un maestro de la ley islámica haciendo una lectura interpretativa del Corán, a principios del siglo XVIII.

Palabras preliminares

No sé si ha habido alguna vez una época propicia a la inteligencia. Los espléndidos ejemplos de creación intelectual que la historia nos ofrece se acompañan de ejemplares atrocidades: la esclavitud y la denigración de extranjeros y mujeres son el trasfondo del Siglo de Pericles; Confucio medita su filosofía en medio de las sangrientas guerras aristocráticas de la China durante la larga dinastía Zhou; Cervantes escribe su *Quijote* en medio de la limpieza étnica de España; Dostoyevski prepara su inmensa obra en las prisiones de Siberia; Kafka sueña sus lúcidas pesadillas en los albores del nazismo. En todo momento, desde las primeras tablillas sumerias hasta las tabletas electrónicas de hoy, ha habido lectores iluminados que han concedido a la literatura, a través de sus interpretaciones y relecturas, una suerte de inmortalidad. Y en todo momento ha habido quienes han intentado silenciar esa lectura e impedir esa nueva vida de las palabras.